



Informe especial

revista
**Educación
y Pedagogía**

LA VIOLENCIA Y LOS NIÑOS

*Jairo Adolfo Castrillón**

1 . La violencia, una mortal epidemia

"No matarás..."
(Éxodo, 20:13)

Hasta hace algunos años de lo que más se moría la gente era de enfermedades intestinales. La neumonía, el infarto, la bronquitis, las llamadas enfermedades infecto-contagiosas, eran los males que les seguían detrás, encargados de controlar el crecimiento demográfico, es decir, para que este planeta tan pequeño no se llenara de tanta gente. Aquellos "hermosos días" en los que nos moríamos de gastroenteritis terminaron en 1985, cuando los encargados de la salud revelaron que la primera causa de muertes

* Estudiante de Comunicación Social
Universidad de Antioquia.

en Medellín empezaba a ser el homicidio y que la gravedad de este hecho hacía que la violencia tomara carácter de epidemia nacional.

Las memorias del Primer Congreso Colombiano de Salud Pública realizado en Medellín en 1962, evidencian que desde aquellos lejanos días el asunto comenzaba a ser un problema para los médicos. En las conclusiones de este congreso se puede leer: "La violencia constituye uno de los problemas más graves de la Salud Pública en Colombia, no sólo por el número de muertes que produce, sino por sus características atroces, la inmensa dificultad para su control, los pocos estudios serios que se han hecho sobre su etiología y el impacto social, económico y psicológico que produce sobre la población colombiana". Diez homicidios al día, uno cada dos horas y media; 3.700 personas asesinadas en la ciudad en 1988, 40 por ciento más que en 1987 y más del 100 por ciento que en 1952, el año más mortífero de aquel período conocido en nuestra historia como "La Violencia", hacen que este fenómeno se tome hoy en un problema mucho más preocupante.

Los crímenes políticos se confunden con las cuentas del narcotráfico, con las víctimas de la difícil situación socio-económica del país y con la delincuencia común, para hacer de Colombia el tercer lugar de violencia en el mundo y el nada envidiable primer puesto en muertes por homicidio en los últimos años, según el Demographic Year Book publicado anualmente por la ONU.

El origen de la violencia

La violencia es un tema bastante complejo, con muchas variables y formas. Por esto, cualquier intento por interpretarla se vuelve difícil. Escarbando en libros se descubre que su más hondo origen puede encontrarse en la agresividad animal, de la que obviamente también participamos nosotros los humanos.

Un señor llamado Konrad Lorenz, famoso fisiólogo austríaco dedicado al estudio del comportamiento de los animales, dice a partir de sus trabajos que "el instinto animal de la agresión es básico, innato, adaptativo y es guía e instrumento necesario para la supervivencia tanto de los individuos como de las especies" y agrega que en general la agresión de los

animales en raras ocasiones se expresa como muerte directa y mucho menos como tendencia destructiva o placer de matar. La agresividad animal es útil para la defensa, el cortejo sexual, la protección de la cría, para marcar territorios o niveles de jerarquía. Sólo se llega a la muerte, generalmente cuando se busca comida o se controla la superpoblación.

Pero en el hombre, la agresividad puede alcanzar niveles de crueldad. Aquí aparece la violencia. La violencia, ese malestar cotidiano que se pasea por nuestras calles, es entonces una forma de agresión que se expresa en el hombre de manera destructiva contra sí mismo, las otras especies o el medio que lo rodea. La violencia, a pesar de sus raíces biológicas, "es entonces un fenómeno esencialmente cultural".

Determinantes sociales

La violencia como fenómeno biológico y cultural, está también determinada por causas sociales y económicas. "La violencia no es una enfermedad en sí misma, sino un síntoma de profundas enfermedades sociales de tipo religioso, político, cultural o económico", afirmaba alguna vez el médico antioqueño Héctor Abad Gómez, meses antes de ser atacado él mismo por este macabro "virus".

En este sentido, la violencia humana es propia de sociedades en las que los beneficios de la producción están concentrados en pocas manos y en donde hay pocas oportunidades políticas de expresión y acción. En un país como el nuestro en el que aún mueren niños de hambre y muchísimos otros sobreviven en lamentables estados de desnutrición, sufriendo las consecuencias físicas y psicológicas de esto; un país donde la salud, la educación y la recreación sean lujo; o donde exista una gran proporción de gente desempleada o condenada al rebusque"; en donde muchísima gente carezca de un techo propio; un país en el que la protesta y la participación ciudadana sean tácita o expresamente consideradas como un delito, tiene los ingredientes precisos para convertirse en una sociedad violenta. El hecho de que en Colombia haya 6.200.000 familias pobres y de estas 1.150.000 estén en la miseria, como se revela en la cartilla que sobre derechos humanos sacó la Presidencia de la República, puede explicar en parte por qué en nuestro

país hay cada vez más gente con tendencia a destruir a los otros y al medio que la rodea.

La pérdida de los valores

En Colombia se ha agudizado el problema desde el momento en que se convirtió en modelo social el derroche y la vida opulenta que llevaban los nuevos dueños del dinero: los traficantes de drogas. Los hijos de la "pobreza absoluta" han sido testigos del surgimiento de nuevos valores y esquemas de comportamiento que los hacen no sólo víctimas sino incluso protagonistas de la violencia: resolver conflictos mediante el aniquilamiento, sobresalir a cualquier precio, o el enriquecimiento fácil que es posible si se dejan de lado ciertos escrúpulos. El prototipo de este fenómeno está en el sicario, el espécimen sin duda más violento de nuestra fauna citadina. De esta manera, como lo constataba el programa "Contacto Directo" transmitido por Teleantioquia el 30 de junio de 1989, en la última década se han debilitado aún más las normas que se suponen debieran regir la interacción en nuestra sociedad, siendo la principal el respeto a la vida.

Es esto lo que los psicólogos llaman la "pérdida de los mecanismos de mediación", y que en lenguaje cotidiano se conoce como "pérdida de valores". Los "mecanismos de mediación" son, según Carlos Giraldo, médico de la sección de psiquiatría infantil del Hospital San Vicente de Paúl, "los parámetros que determinan la unión del individuo con su entorno y que rigen los conceptos acerca de la vida y de la muerte, del delito y su penalización". Ellos funcionan al interior de la sociedad así como de la familia, la escuela o cualquier otro grupo social.

La "pérdida de valores" se da más fácilmente en los niños por tener éstos menos interiorizadas las normas. Los modelos sociales violentos se asumen o no en el niño, según las relaciones al interior de su familia, el ambiente social en el que se desenvuelve el muchacho o el grado de desarrollo de su personalidad. De todo esto se deduce que por la posición de desventaja en la que crecen los niños de los barrios pobres, son éstos los que están más propensos a ser víctimas o victimarios de la violencia. Es decir, a sufrirla o a hacerla sufrir a los demás.

En medio de todo, los niños

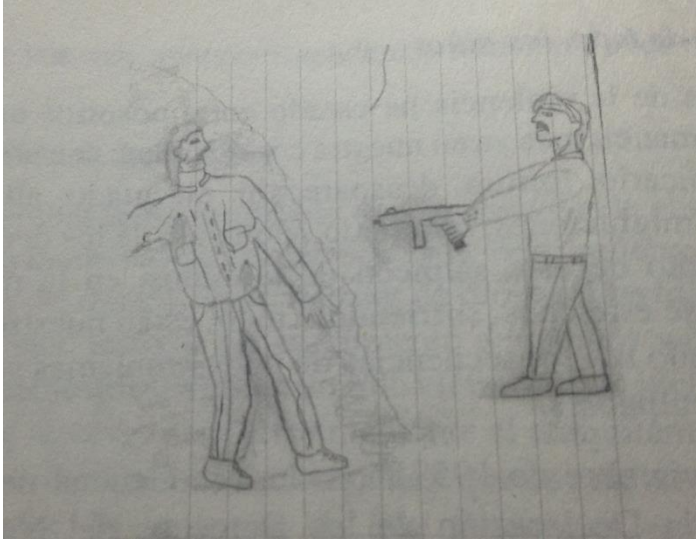
La génesis de la violencia ha creado entre nosotros un amplísimo diccionario que manejamos ya en nuestra cotidianidad: son ahora comunes palabras como sicario, tortura, desaparecido, ejecutado, allanamiento o masacre. Exilio, migraciones, refugiado, violación de los derechos humanos, etc. En medio de este salpicón de términos, en la mitad de esta tormenta social, de este caos, sufriendo todo, están nuestros niños. Los niños están pagando las consecuencias de unos problemas sociales de los que ellos no son culpables.

El 20 de noviembre de 1959 la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó la Declaración de los Derechos del Niño, en la que promulgó el principio de que "la humanidad debe al niño lo mejor que pueda darle", acompañado por diez cláusulas que los Estados deberían seguir para asegurar la felicidad y el bienestar que, como humanos, merecían sus niños. Justo hoy a 30 años, el mundo que le ofrecemos a los niños es sin duda contrario a los principios de esa declaración.

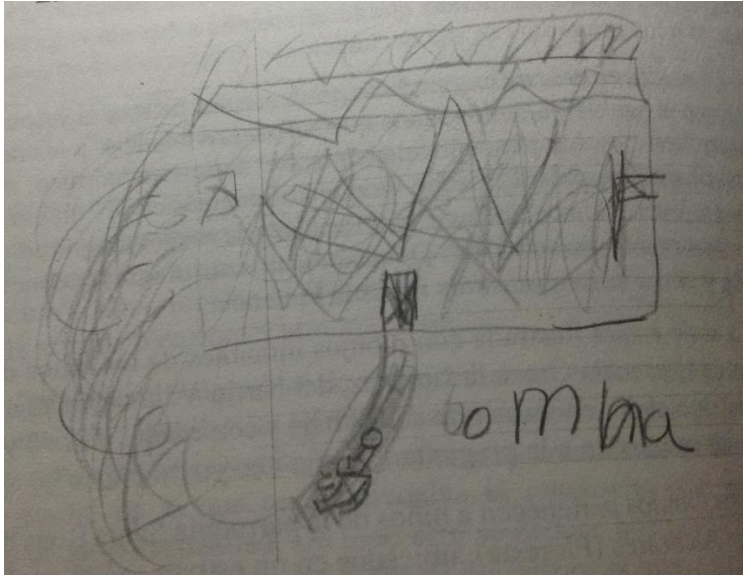
Es entonces necesario y urgente que tratemos de buscar respuestas y soluciones al problema de los niños que sufren la violencia, pues de cómo se desarrollen hoy los pequeños dependerá el futuro económico, social y cultural de nuestro país. El hecho de que Latinoamérica sea un continente de niños y jóvenes, hace que este problema sea de mayor magnitud y por lo tanto más urgente su solución. Debemos empezar preguntándonos cómo perciben y cómo sufren nuestros niños la violencia.

La serie estará ilustrada con dibujos infantiles de los niños de la primaria de la escuela Graciela Jiménez, del barrio Villa de Guadalupe (en Manrique), ubicados en un estrato social bajo y con edades entre 6 y 7 años. Los dibujos responden a la pregunta: "Cómo veo yo mi barrio".

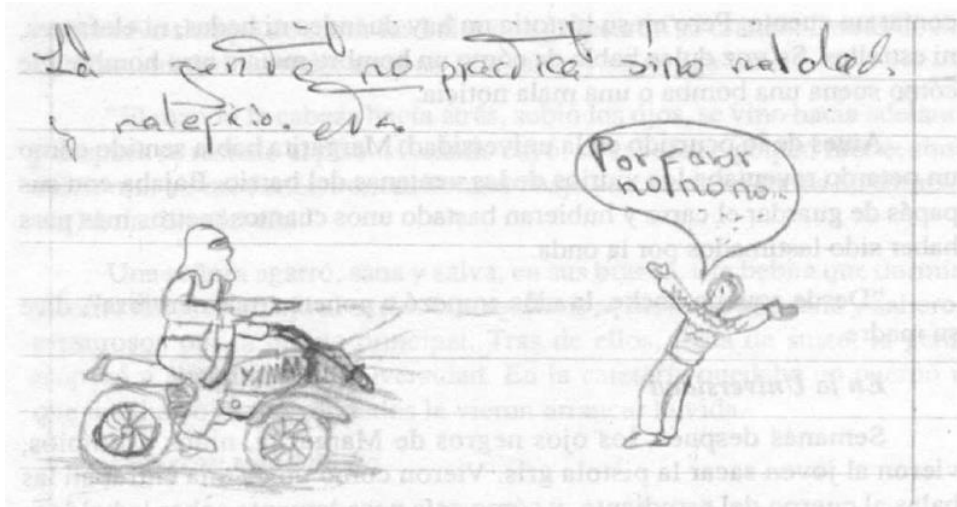
Otros dibujos pertenecen a niños de la parroquia Santa Rosa de Lima, barrio Los Alcázares (Floresta), ubicados en un estrato social medio y con edades entre los 7 y 9 años. Los dibujos responden a la pregunta: "Cómo veo la violencia".



Julieduar Alvarez, 8 años
La Floresta



Mariluz Ramírez Alvarez, 6 años
Barrio Guadalupe



Héctor Alexander Londoño, 8 años
Barrio La Floresta

"Uno de los peores enemigos es el mismo hombre... La gente no practica sino maldad y maleficio"

2. La historia de Margarita

"Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento..."

(Rubén Darío)

Todo en ella es pequeño, menos sus ojos. Pequeña es su boca y su nariz recta, como pequeño es su cuerpo de tan sólo nueve años. Apoya el rostro fresco sobre la cuenca de su mano derecha y con una sonrisa me empieza a

contar un cuento. Pero en su historia no hay duendes ni hadas, ni elefantes, ni estrellas. Su voz dulce habla de cómo un hombre mata a otro hombre; de cómo suena una bomba o una mala noticia.

Antes de lo ocurrido en la universidad, Margarita había sentido cómo un petardo reventaba los vidrios de las ventanas del barrio. Bajaba con sus papas de guardar el carro y hubieran bastado unos cuantos metros más para haber sido lastimados por la onda.

"Desde aquella noche, la niña empezó a ponerse más nerviosa", dice su madre.

En la Universidad

Semanas después, los ojos negros de Margarita, niños y limpios, vieron al joven sacar la pistola gris. Vieron cómo una a una entraban las balas al cuerpo del estudiante, y cómo caía pesadamente sobre la baldosa fría.

Fue un sábado de abril cuando en la Universidad Nacional se iniciaban desde temprano en la mañana los talleres de recreación para niños. Al medio día el sol comenzó a meterse bajo un espeso tendido de nubes negras y el agua empezó a caer entre los árboles, sobre la grama, sobre las canchas, sobre los tejados y sobre las cabezas de la gente que, con paso ligero, comenzó a aglomerarse en la cafetería central para no mojarse.

"Lina y yo vimos parado mucho rato junto a los baños a un muchacho moreno de pelo así crespito, muy misterioso. Nosotras estábamos asustadas porque pensábamos que podía ser un violador... Al rato le preguntamos que quién era él, y nos dijo que era un estudiante... Llevaba una sudadera azul y era un sardino como de 18 años... Al rato, llegó otro muchacho con una capucha y ahí sí nos dio susto a nosotras. El se entró entonces con el otro a la cafetería."

Al lado de sus compañeros, como en otras tardes, estaba Sergio Sánchez, quien había sido estudian de de la universidad. Miraba concentrado las cartas de naipe en su mano mientras sentía golpear en el techo la lluvia que ya empezaba a amainar y la gente tibia aglomerada a su lado. Recostada a su espalda dormía una niña de cuatro meses. El estudiante levantó la cabeza

y sólo tuvo tiempo de sentir las balas que golpearon su cráneo. Detrás de los sicarios, mirándolo todo, estaban Margarita y su amiga Lina.

"El mandó la cabeza hacia atrás, subió los ojos, se vino hacia adelante y después se resbaló al piso... Cuando cayó, su cabeza se golpeó fuerte; sonó ton, ton;... Yo me metí entonces llorando bajo una mesa, mientras mi corazón me hacía tiki-tiki-tiki."

Una señora agarró, sana y salva, en sus brazos, a la bebita que dormía, y como todos se arrojó al suelo. Los asesinos se hicieron una seña y salieron presurosos por la puerta principal. Tras de ellos, llena de susto, la gente empezó a abandonar la universidad. En la cafetería quedaba un cuerpo al que muchos ojos aterrorizados le vieron arrancar la vida.

Pusieron una bomba

Pasado un mes, Margarita salía de la jornada recreativa de ese día. Era sábado 13 de mayo y junto con su tía, su hermanito Cristian, de dos años y su madre, subieron al centro a comprar regalos.

"Estábamos en Tania cuando se oyeron como unos truenos. Toda la gente de la calle empezó a correr para todos lados y nosotros cuatro nos metimos debajo de un ropero. Como yo me estaba asfixiando tuve que sacar la cabeza y vi cómo la gente seguía corriendo hasta que cerraron el almacén. Veía que las señoras se mareaban, y yo también me estaba como mareando del susto."

La bomba que había estallado en la calle solamente había removido el aire, pero llenó de escombros el alma de muchas personas. El terror se había apoderado de todos.

"Margarita no paraba de llorar mientras juraba no volver al centro... Ella se volvió miedosa y no quería salir más a la calle."

¡A Manuel lo mataron!!

Lo peor aún no había pasado. No hubo que esperar mucho tiempo para que la niña fuera otra vez sacudida por eso que llaman la "realidad colombiana". El dolor se apoderaría también de su familia y sus amigos.

Todo comenzó en una madrugada, cuando en la casa silenciosa y oscura sonó el teléfono. Eran las dos y media de la mañana del domingo 30 de julio.

Manuel era el tío y padrino de Margarita. Había comenzado a trabajar de profesor en la Universidad de Antioquia hacía sólo dos semestres, pero había hecho lo mismo desde mucho tiempo atrás en el San Juan Eudes. Todos lo recuerdan como una persona alegre y generosa.

"Siempre que sueño con él lo veo riéndose", dice su hermana.

Habían adelantado un día su regreso. Era sábado 29 y venía de Caucasia, en donde, junto con otros profesores de la Universidad, daba asesoría a los grupos de educación a distancia de la región. A las cinco y media de la tarde llamó a su casa desde el aeropuerto Olaya Herrera; quería invitarlos a una finca, pero nadie quiso acompañarlo. Todos sospechan que en ese momento ya lo seguía de cerca, oculta, una sombra. A las seis estaba en el barrio Tricentenario donde un amigo; lo acompañaba el profesor Ornar Gómez. A las siete y media estaban ya en el barrio Girardot, en casa del hermano del profesor Gómez. Todos sospechan que alguien siniestro les seguía el rastro. A las doce de la noche, tomaron la calle 65 en el Renault blanco de Ornar Gómez y se detuvieron en "El Son de la Cabaña", en Bello, a tomar licor. A la una y diez de la mañana cuando salieron del local, se acercó la sombra que les aguardaba y después de preguntarles por sus nombres les llenó de balas el cuerpo. El rostro de Manuel quedó sin forma.

Colgaron el teléfono que insistente los había despertado esa madrugada, y el silencio de la casa fue invadido por gritos de dolor. Habían llamado de la funeraria San Vicente para confirmar los datos de dos profesores que habían matado: Ornar de J. Gómez y Manuel Zapata Carmona.

"¡A Manuel lo mataron!", fue la cortante frase que despertó esa mañana a Margarita y a su hermanito Cristian. La niña se abrazó, llorando, a su madre.

"Yo siempre había esperado esa noticia. A eso vine yo a Colombia", repetía con dolor la madre de Manuel, quien apenas desde junio había regresado de los Estados Unidos, y quien sin saber por qué, como presintiendo algo, había empacado en sus maletas ropas de luto.

En la sala tres de la casa de velación "Los Olivos", un ataúd guardaba el cuerpo de Manuel. Margarita vio el rostro destrozado de su tío, y entre lágrimas maldecía las armas.

Vinieron días de pesadillas constantes y la niña empezó a retraerse.

"Ella se volvió demasiado miedosa; le daba miedo hasta salir a la puerta. Le dio por chupar dedo o comerse las uñas, cosas que nunca había hecho... Empezó a sentirse perseguida y hasta a elaborar fantasías", dice su madre.

La niña siente que Manuel duerme a su lado, e incluso le prometió un día acompañarla a un bazar. Margarita aún llora la muerte de su tío.

La violencia los afecta

Como Margarita, muchos niños en Colombia han visto caer muertas a sus personas queridas. Otros han sentido en su propio cuerpo el ardor de un golpe o una bala.

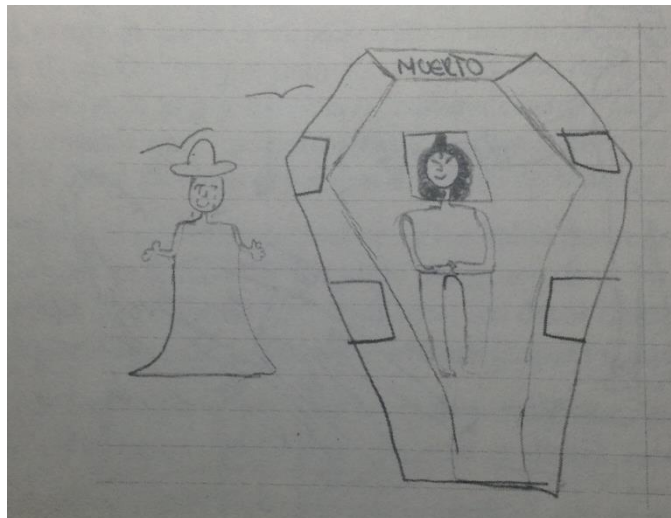


Sin firma, Barrio La Floresta

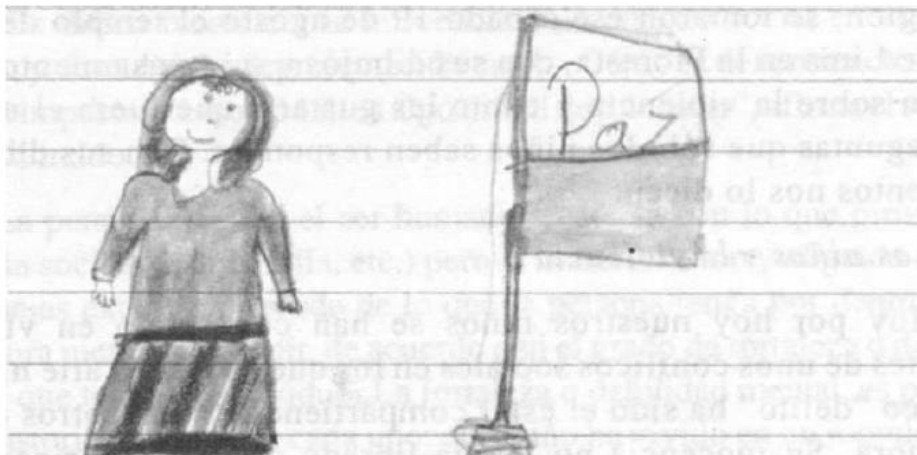
“No asesinar personas importantes de nuestro país”



"Pusieron una bomba"
Yuli, 7 años
Barrio Guadalupe



Ingrý Loaliza, 8 años
Barrio La Floresta
"No más muertes, no más violencia"



María Paulina, 8 años
Barrio La Floresta
"Queremos la paz en Colombia. No matar"

3. Nuestros niños están sufriendo

"Don Federico mató a su mujer,
la hizo picadillo
la echó a la sartén,
la gente que pasaba
olía carne asada,
era la mujer de don Federico."

(Ronda infantil).

La noche anterior, el mundo de los grandes se había vuelto a poner "patas arriba". Lo supieron porque esa mañana la radio y las señoras del frente no paraban de hablar de lo mismo. Lo supieron porque al medio día los noticieros de televisión repetían una, dos y hasta tres veces cómo sonaron y cómo entraron las balas. Lo supieron porque en la tarde, cuando fueron a la última clase de catequesis en la iglesia, les recordaron el asunto: la noche anterior habían matado al doctor Luis Carlos Galán.

Esos seres menudos de siete a nueve años que asistían a su clase de religión, se tomaron ese sábado 19 de agosto el templo de Santa Rosa de Lima en la Floresta, con sus dibujos y sus pensamientos. Qué piensan sobre la violencia y cómo les gustaría que fuera el mundo, son preguntas que sólo los niños saben responder. Con sus dibujos y sus cuentos nos lo dicen.

Los niños y la violencia

Hoy por hoy nuestros niños se han convertido en víctimas inocentes de unos conflictos sociales en los que no tienen arte ni parte. Su único "delito" ha sido el estar compartiendo con nosotros el aquí y el ahora. Su inocencia no los ha librado de sufrir el rigor de la violencia generalizada que azota al país. En unos más que en otros, quedarán cicatrices en el cuerpo o en el alma, algunas de ellas indelebles.

Según el sicólogo Carlos Giraldo, la violencia con respecto a los niños debe asumirse en tres niveles: el niño violento como individuo, la violencia contra el niño, y el niño en un entorno social violento. Nos referiremos a esta última, conocida como "violencia social", que alcanza al niño de repente en la calle, afectándolo en su propia carne; o de manera indirecta, a través de la televisión o los rumores. Esa violencia que se ensaña con mayor predilección en los niños de los barrios pobres o de las zonas campesinas de Colombia.

Sufren por la violencia los niños que sienten en la madrugada cómo es allanada su casa, o que presencian el asesinato o la tortura de sus padres, familiares o amigos. Los niños sufren con las desapariciones y los secuestros. Sufren cuando son testigos de masacres y actos terroristas; cuando presencian violaciones y golpes. Sufren nuestros niños cuando se ven sometidos a bombardeos y persecuciones. Sufren también los pequeños por esa violencia callada, cotidiana, que es la falta de condiciones para una vida digna: el hambre, la falta de atención médica y educativa, la falta de espacios para la recreación. Son muchos los niños que en este momento sufren por el rigor de la violencia en Colombia.

Influencias psicológicas

"Es difícil reconocer la influencia del contexto social en el aparato síquico, y descubrir su representación en él... Cómo la denominada realidad externa impacta lo emocional, es algo difícil de dilucidar", afirma el psicólogo Carlos Giraldo.

La personalidad en el ser humano se afecta con lo que proviene de fuera (la sociedad, la familia, etc.) pero la manifestación y el grado de estas influencias externas depende de lo que la persona tenga por dentro (en su estructura mental); es decir, de acuerdo con el grado de fortaleza o debilidad mental que tenga el individuo. La fortaleza o debilidad mental, es producto de la historia personal de cada uno: si el niño ha vivido en un mundo hostil, será emocionalmente débil y por lo tanto más vulnerable a enfermedades y problemas psicológicos. Habrá también debilidad si el niño no recibe afecto ni estimulación de sus padres, o si éstos son alcohólicos o conflictivos; también si el niño es desnutrido, etc.

Todo esto significa que el grado en que es afectado psicológicamente un niño que padece y sufre una experiencia violenta, es entonces personal, y depende de la debilidad o fortaleza mental del niño, o de la intensidad o duración de la experiencia vivida. Significa también que cada persona reacciona psicológicamente distinto ante determinado hecho que la afecta.

Según la psicóloga Miriam Salinas de la Unidad Infantil del Hospital Mental de Antioquia, los síntomas que puede mostrar un niño que haya tenido una experiencia violenta, son muchos, muy variados e impredecibles y van de acuerdo con el grado de la afección psicológica. Hay muchas manifestaciones obvias que se presentan inmediatas al trauma psicológico: desórdenes en el sueño (insomnio, pesadillas o miedos nocturnos), retraimiento o irritabilidad. Los niños vuelven a chupar dedo, comerse las uñas u orinarse en la cama. Se les va el apetito y sufren bloqueos en el aprendizaje de las cosas, al punto que a veces olvidan cosas que ya sabían. Algunos se vuelven tartamudos y otros se vuelven excesivamente miedosos. Otros se pueden enfermar físicamente (se les cae el pelo, les da asma, fiebres o vómitos, etc.). A otros los acosa la ansiedad, la depresión, sentimientos de

abandono, deseos de venganza y falta de ganas de vivir. Es tan impredecible la manifestación del trauma, que en ocasiones el niño puede asumir incluso una posición de identificación con el agresor.

El proceso de asimilación de la experiencia traumática estará acompañado por períodos de angustia, con los que se consigue o no el ajuste; es decir, se alivia o se enferme mentalmente el niño. En caso de enfermedad, será todavía mucho más difícil determinar o pronosticar la forma en que se manifestará el trauma psicológico.

En términos generales, el niño será psicológicamente más vulnerable que el adulto ante situaciones de violencia, por estar más indefenso ante estas experiencias y porque la menor comprensión del problema le generará mayores angustias. Consultada la psicóloga Miriam Salinas sobre el aumento de los casos de niños afectados psicológicamente en el último año, responde que no duda de que las consultas debido a la actual crisis aumentarán en uno o dos años, pues la manifestación psicológica no es tan inmediata como en la afección física y los resultados se van a percibir son a largo plazo.

La T.V. también afecta

Un elemento intrínseco a nuestra sociedad que a pesar de su sutileza influye de manera real y contundente sobre la percepción y asimilación de la violencia, son los medios de información, y entre ellos muy especialmente la televisión.

El informe del coloquio internacional sobre medios de comunicación y la violencia organizado por la Unesco en 1970, concluyó que el efecto psicológico de a violencia reflejada en los medios de información, puede llegar en algunos a ser tan nocivo como la violencia directa, dependiendo de la personalidad del niño espectador.

Los efectos podrían ser: "que el niño termine por aceptar como normal la violencia, o que termine incluso aprobándola". La televisión contribuye también a formar una mentalidad violenta para la solución de los problemas, o a "llevar una pasividad resignada respecto a la violencia". El efecto inmediato, mucho más frecuente en los niños, es de atemorizarlos, trauma

que puede expresarse en fatigas nerviosas o físicas, pesadillas e insomnio. De igual manera, los medios de información "pueden en particular despertar sentimientos de frustración o mantenerlos", aspecto que influye también grandemente en el aumento de la violencia. Si esto no fuera así, concluye el coloquio, no se justificarían las grandes inversiones publicitarias hechas por la industria y el comercio.

La violencia física

Pero la actual violencia social no está generando solamente daños psicológicos, sino también un aumento de lesiones físicas, muchas de ellas irreparables, muchas otras mortales.

Declaraciones de Sergio Iván Toro, médico director de la policlínica infantil, aparecidas en el periódico *El Mundo* del 21 de septiembre de 1989, señalan que de 63 casos de lesiones personales en niños, registrados en el segundo semestre de 1988, se había aumentado a 145 en el primer semestre de 1989. De ellas 30 obedecieron a heridas con armas de fuego, cinco con armas cortopunzantes, 28 con armas contundentes y 82 con otras armas como granadas y esquirlas de bombas. Un gran porcentaje de estos casos terminarían con la muerte.

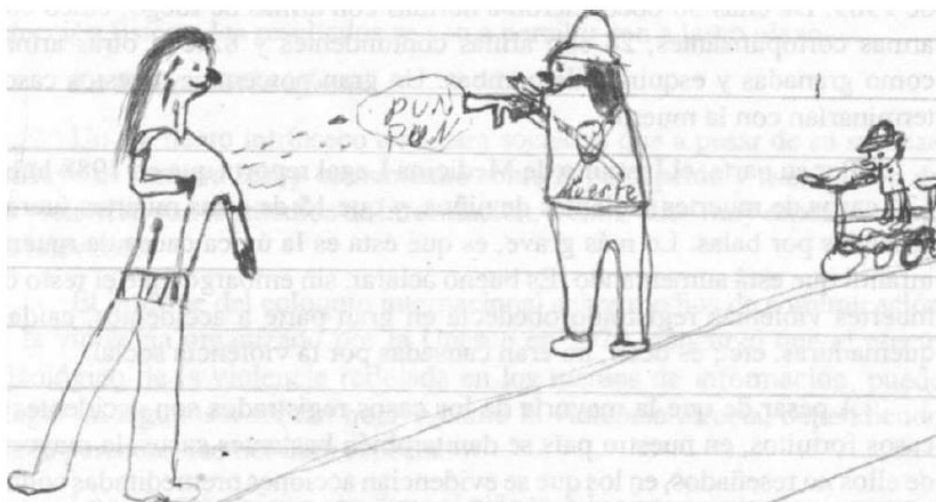
Por su parte, el Instituto de Medicina Legal reporta que en 1988 hubo 124 casos de muertes violentas de niños, y que 15 de estas muertes fueron causadas por balas. Lo más grave, es que ésta es la única causa de muerte infantil que está aumentando. Es bueno aclarar, sin embargo, que el resto de muertes violentas registrado obedecía en gran parte a accidentes, caídas, quemaduras, etc.; es decir, no eran causadas por la violencia social.

A pesar de que la mayoría de los casos registrados son accidentes o casos fortuitos, en nuestro país se dan también bastantes casos, la mayoría de ellos no reseñados, en los que se evidencian acciones premeditadas contra los niños. Maltratos en el hogar, lesiones causadas por adultos y otros niños, acciones de delincuencia común y, frecuentemente, acciones de represión política y social. El informe sobre Colombia en el Tercer Seminario Internacional de Salud Popular organizado por la institución alemana Terre des Hommes en 1987, señala que de las muertes causadas en operativos militares

y paramilitares, así como en enfrentamientos con guerrilleros en campos o ciudades colombianas, el diez por ciento aproximadamente de los casos corresponden a menores de 15 años. Habla igualmente de heridas, encarcelamientos, desapariciones, amenazas, torturas y mutilaciones en igual proporción. Agrega que los niños también sufren físicamente durante los bombardeos o los desplazamientos a los que se ven obligados con sus familiares, ante la represión militar o los asedios guerrilleros.

Otras formas de violencia que dejan también graves secuelas físicas en los niños son la prostitución infantil, las violaciones, el trabajo infantil, el abandono, el hambre, etc. Es decir, la llamada "violencia socio-económica".

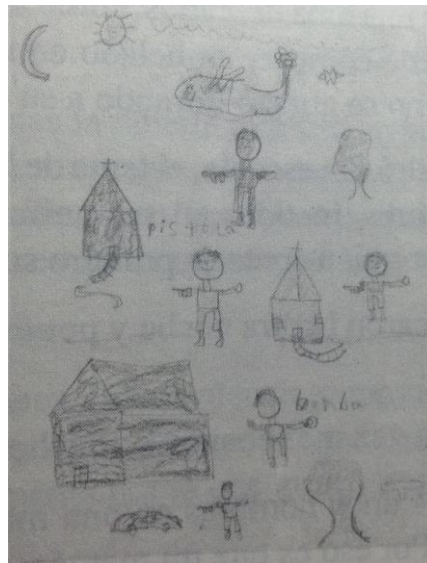
Los adultos estamos en la obligación de encontrarle soluciones tanto parciales como definitivas a este grave problema que enfrentan nuestros niños.



Sin firma Barrio Floresta
"No a la violencia"



Johan E., 7 años
Barrio La Floresta
“Por favor paramilitares no más guerra en Colombia. Paz.”



Enaki Antonio, 6 años
Barrio Guadalupe
“Yo quiero la paz”.

4. A *buscar salidas*

"Estando la muerte un día,
dividí,
sentada en su escritorio
dovodó.
Buscando papel y lápiz
dividí,
para escribirle al lobo
dovodó.
Y el lobo le contestó que sí, que
sí, que no."

(Ronda infantil tradicional).

Como muchos de sus compañeritos, varias veces Gloria Nancy había faltado antes a la escuela porque en su casa habían amanecido sin qué comer; pero ese día no fue a estudiar porque a su hermano de 17 años lo había matado un muchacho de la otra pandilla del barrio. Ella misma contaría después, con el lenguaje cortico de una niña de 7 años, cómo lo vio tirado en la esquina de su casa cuando venía de comprar un helado con la plata que él le había dado hacía un rato, y cómo se abrazó llorando a su cuerpo muerto.

El día en que ella faltó a la escuela, el tema de la clase fue "Mi Barrio". Niñitos de todos los colores, metidos en sus uniformes blancos con azul, peleaban entre sí para ver quién contaría primero su historia a la maestra.

"A mi papá lo atracaron la otra noche y por eso no pudimos mercar", dice uno. "Señorita, a mí una vez me robaron la lonchera", dice el otro.

"Y yo una vez vi a unos hombres en una moto con unas medias de mujer en la cabeza", y "Por eso es que mi mamá viene por mí a la escuela. Ella dice que esto por aquí es muy peligroso".

Se habla de la vez que entre todos tuvieron que proteger a un niño de la escuela que lo perseguían unos muchachos para matarlo, o de cómo los

hostigan los pandilleros del barrio. Son las historias de niños entre 6 y 7 años, que cursan primero de primaria en una de las escuelas de un barrio pobre de Medellín.

Sus casas cuelgan en las cañadas, desafiando a cada minuto las leyes de la gravedad, con pisos de tierra y techos de lata y cartón. Sus papas sin empleo o con trabajos mal pagados, enfrentan todos los días la dificultad de llevar qué comer a sus casas. Niños que entretienen las tardes jugando "pistoleros", hasta los diez años, cuando el juego comienza a no ser juego.

Con sus caritas alegres, escuchan a la "profe" pedirles que dibujen el barrio. Cómo lo ven, si es tranquilo y feliz, y si les gusta vivir en él. Un dibujo sin muestra es siempre un buen reto. Sacan de sus bolsitos de tela los dos o tres colores que les quedan del año, arrancan la hoja de su cuaderno de tareas y corren con su mano izquierda la mata de pelo delgado y sin brillo que les cubre los ojos. Rayitas vienen y van, despeinadas sobre el papel. Una bolita acá, un triángulo chueco más allá, un cuadro tembloroso en la otra esquina, hasta aparecer en las hojas arrugadas, una versión del mundo: el barrio en que los adultos tienen viviendo (o mejor aún sobreviviendo) a los pequeños.

En todas las escenas la muerte muestra su grotesca dentadura: metrallas, sicarios, helicópteros bombardeando el vecindario, hombres muertos en las calles, son los "muñequitos" que pueblan los paisajes de estos dibujos de niños. Gloria Nancy, ese día no pudo hacer su tarea.

Aliviar la violencia

Ubicado el problema de la violencia y convencidos de su crueldad, es necesario entonces que nos preguntemos qué debemos hacer nosotros los adultos para que la tormenta por la que atravesamos no cause tanto estrago en nuestros niños.

Inicialmente, es necesario y urgente que el tema de la violencia sea rigurosamente investigado y estudiado por equipos interdisciplinarios, como lo recomendara en vida el médico Héctor Abad, pues sólo a partir de su comprensión es posible plantear soluciones con fines preventivos o de

erradicación de esta mortal epidemia. Sociólogos, antropólogos, sicólogos, epidemiólogos, médicos, etc., están llamados a abordar el tema sin tardanza, pues están en peligro muchas vidas. Dice al respecto el sicólogo Carlos Giraldo: "En la medida de la oscuridad, hay una necesidad imperiosa por la claridad. Tanto en quien se ubica ante la violencia como algo que padece, como en quien por razones de delegación social le corresponde, además, decir algo sobre ella. La necesidad individual y colectiva de controlar el curso de los acontecimientos nos impone su comprensión".

Para comprender el problema

Para enfrentar la comprensión de la violencia es necesario tener presente que ésta es un fenómeno cultural, que está determinado por causas sociales muy concretas. El médico de la U. de A. Alfredo de los Ríos escribe en la revista de la Facultad de Salud, que "no siempre hay que señalar al sujeto violento como un enfermo, sino más bien hay que explorar el ámbito cultural que genera y estimula esa violencia... (Esto evitará) que se desplace el origen del problema, de un marco socio-cultural o socio-político, hacia un problema de patologías individuales o grupales". Por su parte, el sicólogo Carlos Giraldo nos previene de no caer en el otro extremo, es decir, en el "determinismo social" de la violencia, que consiste en "presuponer a la violencia como algo que nos es ajeno, que está en otro lugar, que la ejercen otras personas y que nosotros estamos ubicados en posición de sufrirla... Debemos asumir que el hombre no es naturalmente bueno, y que hay algo que no anda en cada uno de nosotros". Para él, la solución no está en llenar de recetas a la gente sobre cómo ser papas o cómo ser mamas.

Qué hacer

Es difícil, si no imposible, evitar que los niños padezcan de una u otra forma la violencia social que nos rodea. Eso implicaría algo así como encerrarlos, cubrirlos en un nicho artificial que, de existir, sería más perjudicial para el niño que el mismo mal que se quiere remediar. Por el momento, en lo inmediato, se trata más bien de que tanto los niños como los adultos enfrenten la violencia buscando (o propiciándoles) una explicación y una interpretación de lo que le está sucediendo y los está afectando. En el libro "La Guerra y los Niños" de la organización alemana Terre des Hommes se

afirma que "mientras menor conciencia política o social tiene el niño, más dificultades tendrá para enfrentar y elaborar las vivencias represivas"; y agrega más adelante: "Una forma natural de elaborar el duelo, es hablando acerca de la vivencia traumática. El recuento de esta vivencia puede variar a medida que el niño vaya procesándola y asumiéndola".

Esto exige del adulto una especial atención en establecer relaciones de mayor confianza con el niño, así como la búsqueda de tiempos y espacios predecibles en los que el niño pueda externalizar o sacar aquella angustia que lleva adentro y expresar sus miedos. La comprensión del problema y el desahogo se podrá lograr por medio del diálogo, los dibujos, los relatos y los juegos.

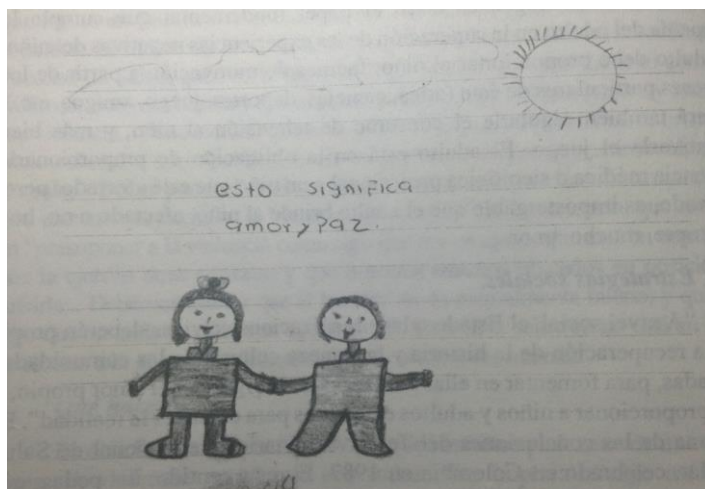
Para los sicólogos es claro el papel fundamental que cumple la compañía del adulto en la superación de las experiencias negativas del niño. El adulto debe proporcionar al niño, fuentes de motivación a partir de los intereses particulares de éste (artes, ciencias, deportes, juego, amigos, etc.). Deberá también regularle el consumo de televisión al niño, y más bien incentivarle el juego. El adulto está en la obligación de proporcionarle asistencia médica o psicológica profesional a un niño que esté afectado; pero, ante todo, es impostergable que el adulto brinde al niño, afectado o no, hoy y siempre, mucho amor.

Estrategias sociales.

"A nivel social, el Estado o las organizaciones cívicas deberán propiciar la recuperación de la historia y la riqueza cultural de las comunidades afectadas, para fomentar en ellas la identidad, el orgullo y el amor propio, y para proporcionar a niños y adultos elementos para entender la realidad". Es ésta una de las conclusiones del Tercer Seminario Internacional de Salud Popular, celebrado en Colombia en 1987. En este sentido, los pedagogos deben emprender también una campaña de educación para la paz, que contrarreste la propaganda belicista de los medios de información; una estrategia educativa basada más en la participación del alumno, en la que éste pueda expresarse para conocerse, conocer sus miedos y sus capacidades, pero que ante todo incentive la solidaridad humana, el amor y el respeto hacia los demás.

Responsabilidad de todos

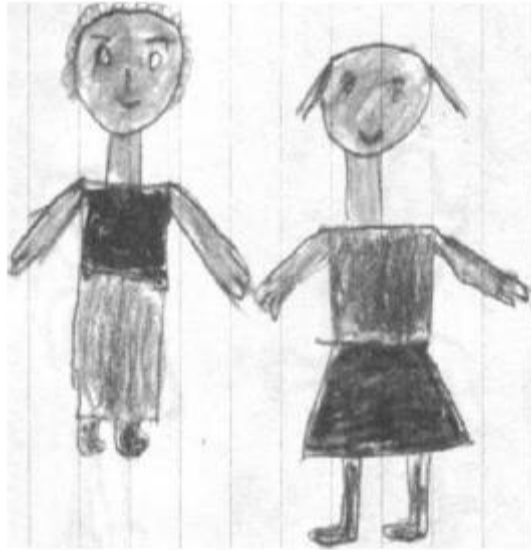
Sin embargo, mientras en el fondo subsistan las condiciones sociales, políticas y económicas que alimentan la violencia, estas recomendaciones no dejarán de ser un mero paliativo, paños de agua tibia que consolarán y aliviarán un poco, pero que no podrán evitar que continúen los estragos en Colombia y sus niños. La verdadera solución, el verdadero remedio a esta grave epidemia será entonces trabajar por aliviar las causas que la alimentan. Es sin duda una tarea ardua que cada cual deberá asumir desde su sitio, pero de la que dependerán muchas vidas y la salud de muchos niños. Debemos trabajar para que la violencia no siga siendo la principal causa de la muerte entre nosotros. Los niños lo merecen.



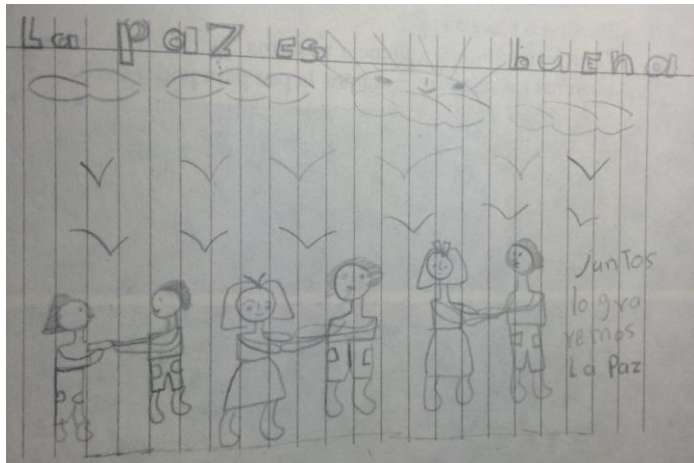
Ana Patricia Palacio, 7 años

La Floresta

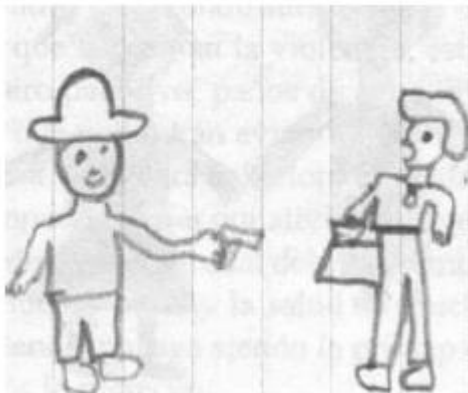
"... Y lo que yo quiero es que no haya violencia en esta vida. Que haya paz, amor, etc."



Kelly Johana Ramírez M, 7 años
La Floresta
"Paz de los niños"



Sandra Milena Mazo I, 8 años
La Floresta
"La paz es buena"



Sin firma

Barrio La Floresta

"Por favor no más violencia nosotros queremos la paz nosotros los niños necesitamos la paz para poder vivir."